

OXFORD



HISTORIA DEL
ANTIGUO
EGIPTO

Edición de IAN SHAW



11. EGIPTO Y EL MUNDO EXTERIOR

IAN SHAW

Desde el primer momento, las expediciones relacionadas con el comercio, la explotación de minas y la guerra pusieron a Egipto en repetido contacto con los extranjeros. Las regiones con las que Egipto gradualmente fue estableciendo lazos comerciales y políticos pueden ser agrupadas en tres zonas básicas: África (sobre todo Nubia, Libia y Punt), Asia (Siria-Palestina, Mesopotamia, Arabia y Anatolia) y el norte y este del Mediterráneo (Chipre, Creta, los «pueblos del mar» y los griegos).

Con el paso del tiempo, los vecinos africanos al sur de los egipcios incluyeron varios grupos étnicos diferentes en Nubia (sobre todo el Grupo A, el Grupo C, la civilización de Kerma, la cultura «pan-grave», el reino de Kush, la cultura Ballana y los blemmios) y Etiopía (las culturas preuxmitas y la civilización de Axum); mientras que al noreste, más allá de la península del Sinaí, encontraron muchas ciudades y poblados en las colinas y la llanura costera del Levante (y, más hacia el norte y el este, un cambiante mosaico de reinos e imperios en Anatolia y Mesopotamia). Hacia el oeste, en el Sahara, entraron en contacto con varios pueblos diferentes a los que ahora conocemos con el nombre genérico de «libios». Respecto a estos últimos, pocos son los documentos arqueológicos que han sobrevivido, si bien basándose en referencias textuales se suele considerar que eran nómadas o al menos dependían de formas de pastoreo para su supervivencia, y que sólo cuando se convirtieron en parte de la sociedad egipcia a finales del Reino Nuevo y el Tercer Período Intermedio pueden apreciarse o reconstruirse aspectos de su cultura.

La identidad racial y étnica de los egipcios

Existen varios modos de definir a los egipcios como un grupo racial y étnico característico; pero la cuestión de sus raíces y el sentido de su propia

identidad ha provocado un considerable debate. Lingüísticamente pertenecen a la familia afroasiática (hamito-semita), pero esto no es sino otro modo de decir que, como implica su posición geográfica, su lengua posee algunas similitudes con lenguas contemporáneas tanto de África como de Oriente Próximo.

Los estudios antropológicos sugieren que la población predinástica incluía una mezcla de tipos raciales (negroide, mediterráneo y europeo), pero es precisamente la cuestión de los restos humanos de comienzos del Período Faraónico la que ha demostrado con los años ser la más controvertida. Si bien los restos antropológicos de esta época fueron interpretados antaño por Bryan Emery y otros como pruebas de una rápida conquista de gentes venidas del este, cuyos restos eran racialmente distintos de los de los egipcios, hoy día algunos especialistas sostienen que puede haber existido un período de cambio demográfico mucho más lento, en el que probablemente estuviera implicada una infiltración gradual a través del delta oriental de un tipo físico diferente procedente de Siria-Palestina.

La iconografía de las representaciones egipcias de los extranjeros sugiere que durante gran parte de su historia se vieron a sí mismos a medio camino entre los africanos negros y los asiáticos, más pálidos. No obstante, también está claro que un origen sirio-palestino o nubio no eran factores negativos en términos de categoría individual o perspectivas de ascenso profesional, sobre todo en el cosmopolita ambiente del Reino Nuevo, cuando los cultos religiosos y los avances técnicos asiáticos fueron ampliamente aceptados. De este modo, los rasgos evidentemente negroides del alto funcionario Maiherpri no le impidieron conseguir el privilegio especial de una tumba en el Valle de los Reyes en época de Tutmosis III (1479-1425 a.C.). Igualmente, un hombre llamado Aper-el, cuyo nombre indica sus raíces próximo orientales, alcanzó el rango de visir (el cargo civil más importante, sólo por debajo del faraón) a finales de la XVIII Dinastía.

La iconografía de la guerra y la conquista: pruebas textuales y visuales

El término «nueve arcos» se utilizaba con frecuencia para referirse a los enemigos de Egipto, cuya identidad específica varió dependiendo del

momento, si bien por lo general incluía a asiáticos y nubios. Eran representados como una fila de arcos o un número variable de cautivos atados, y el motivo aparecía a menudo decorando sandalias, escabeles y estrados, de modo que el faraón pudiera caminar simbólicamente sobre sus enemigos. Como es obvio, la representación en el sello de la necrópolis del Valle de los Reyes de nueve enemigos atados coronados por un chacal estaba destinada a proteger la tumba de las depredaciones de los extranjeros y otras fuentes del mal.

En el arte egipcio abundan las representaciones de extranjeros cautivos atados. Varios objetos de prestigio de finales del Predinástico y del Dinástico Temprano (como la Paleta de Narmer) incluyen escenas en las que el rey mata o humilla a extranjeros atados. La escena del faraón golpeando a los enemigos no sólo es uno de los aspectos más duraderos del arte faraónico (todavía aparece en los pilonos de los templos de la época romana), sino que es uno de los primeros iconos reconocibles de la realeza; el primer ejemplo conocido es una representación esquemática en el muro de la Tumba 100 de Hieracómpolis, de finales del Predinástico, en el cuarto milenio a.C.

La excavación de los complejos funerarios de Raneferef, Nyusera, Djekara, Unas (todos de la V Dinastía), Teti, Pepi I y Pepi II (todos de la VI Dinastía) en Sakkara y Abusir ha proporcionado un amplio número de estatuas de cautivos extranjeros, que quizá estuvieran alineadas en los laterales de las calzadas que comunicaban el templo del valle con el templo mortuario. En fechas ligeramente posteriores, las representaciones de enemigos cautivos se utilizaron en rituales de maldición, como es el caso de las cinco figuras de alabastro de comienzos de la XII Dinastía (actualmente en el Museo de El Cairo), inscritas con textos de execración hieráticos que cuentan con listas de nombres de príncipes nubios acompañados de insultos.

A lo largo de toda la época faraónica y grecorromana, la imagen de un prisionero atado fue un tema popular en la decoración de templos y palacios. La inclusión de cautivos atados en la decoración de los accesorios y muebles de los palacios reales servía para reforzar la idea de que el faraón había terminado con todos los enemigos y, probablemente, también simbolizaba los elementos «incontrolados» que los dioses requerían al rey que dominara. Por este motivo, en algunos templos grecorromanos

aparecen filas de dioses cazando con redes pájaros, animales salvajes y enemigos.

El pájaro *rekhyt* (un tipo de avefría o chorlito con una cresta característica) se utilizaba a menudo como símbolo de los cautivos enemigos o de los pueblos sometidos; probablemente, porque sus alas hacia atrás se parecen al jeroglífico de un enemigo cautivo. La primera representación de este pájaro aparece en el registro superior de un relieve de la Cabeza de Maza de Escorpión, de finales del Predinástico (c. 3100 a.C.), que contiene una fila de avefrías colgadas del cuello mediante cuerdas atadas a los estandartes que representan las antiguas provincias del Bajo Egipto. En este contexto, el *rekhyt* parece representar a los pueblos conquistados del norte de Egipto durante el crucial período en el cual el país se transformó en un Estado unificado. No obstante, en la III Dinastía (2686-2613 a.C.) una fila de avefrías aparece representada en su forma tradicional junto a los Nueve Arcos, todos ellos aplastados bajo los pies de una estatua de piedra de Djoser procedente de su Pirámide Escalonada de Sakkara. A partir de este momento, el significado simbólico del pájaro no dejó de ser ambiguo (al menos para los ojos del observador moderno), pues según el contexto puede considerarse que se refiere a los enemigos de Egipto o a los leales súbditos del faraón.

¿Dónde comienza el mundo exterior?

Las tradicionales fronteras físicas de Egipto —los Desiertos Oriental y Occidental, el Sinaí, la costa mediterránea y las cataratas del Nilo al sur de Asuán— fueron suficientes para proteger la independencia del país durante miles de años. Sin embargo, el aspecto quizá más intrigante de la geografía del Antiguo Egipto —sobre todo en cuanto a su actitud hacia África y Asia— es la cuestión de la lenta transformación que sufrió el concepto de dónde comenzaba el mundo exterior. ¿Hasta qué punto, por ejemplo, las zonas situadas fuera del valle del Nilo, pero dentro de las fronteras del Egipto moderno, sobre todo el Desierto Oriental y la península del Sinaí, eran consideradas territorio «no egipcio»?

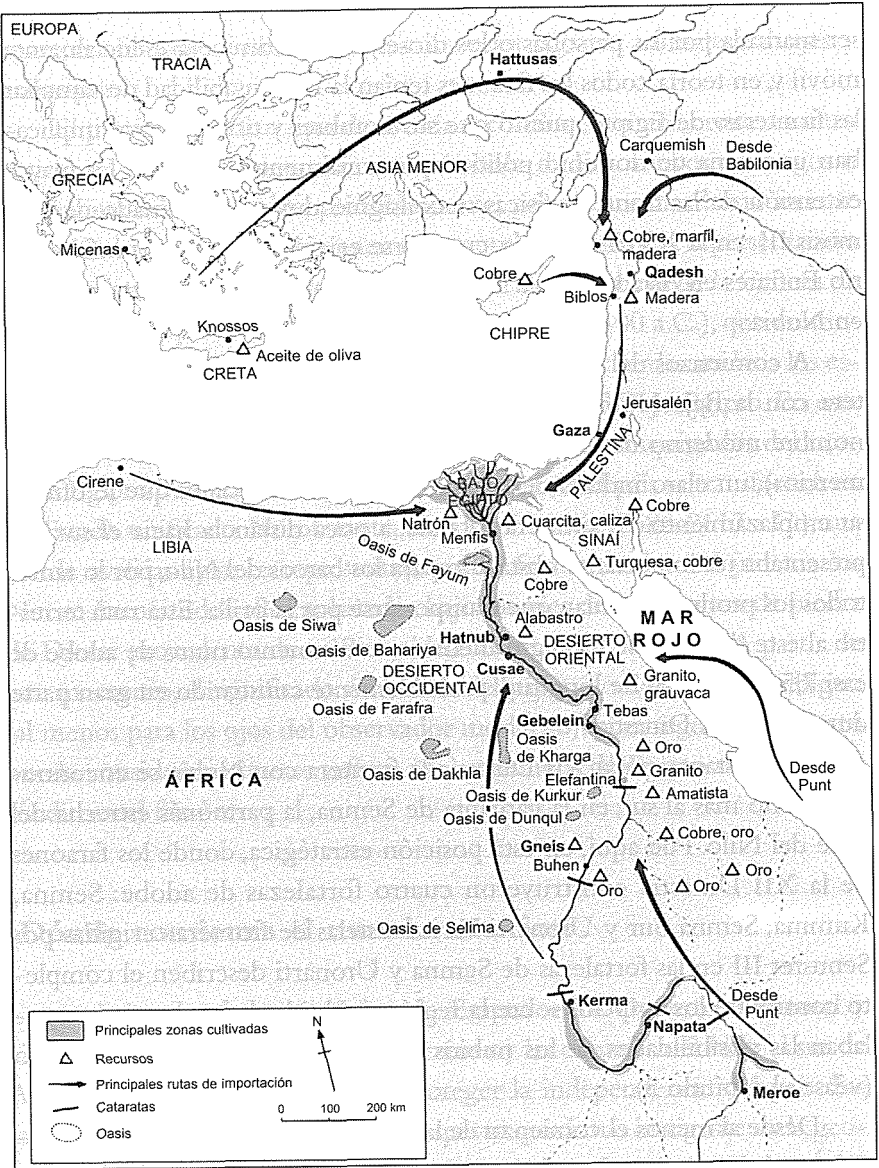
Los egipcios utilizaban dos palabras para referirse a frontera: *djer* (un límite eterno y universal) y *tash* (una frontera geográfica real, que puede

ser marcada por las personas o los dioses). Esta última era esencialmente móvil y, en teoría, todos los faraones tenían la responsabilidad de «ampliar las fronteras» de Egipto, puesto que sus nombres y títulos regios implicaban una zona de dominio político potencialmente ilimitada. La mayor extensión de las fronteras físicas se consiguió durante el reinado de Tutmosis III, en la XVIII Dinastía, cuando se erigió una estela triunfal en el río Éufrates en Asia y otra en Kurgus (entre la quinta y la sexta catarata) en Nubia.

A comienzos del Dinástico Temprano y del Reino Antiguo, la frontera con la Baja Nubia se encontraba tradicionalmente en Asuán, cuyo nombre moderno deriva de la palabra del antiguo egipcio *swnet* («comercio»), un claro indicio de las posibilidades comerciales que le ofrecía su emplazamiento. La primera catarata, a poca distancia hacia el sur, representaba un importante obstáculo para los barcos del Nilo, por lo tanto, todos los productos tenían que transportarse por la orilla. Esta ruta terrestre al este del Nilo se protegió mediante un inmenso muro de adobe de casi 7,5 kilómetros de longitud, probablemente construido en gran parte durante la XII Dinastía.

No obstante, en la XII Dinastía la frontera con Nubia se encontraba mucho más al sur, en la garganta de Semna, la parte más estrecha del valle del Nilo. Fue aquí, en esta posición estratégica, donde los faraones de la XII Dinastía construyeron cuatro fortalezas de adobe: Semna, Kumma, Semna Sur y Uronarti. Varias «estelas de frontera» erigidas por Senusret III en las fortalezas de Semna y Uronarti describen el completo control de los egipcios sobre la región, incluidas las normas que regulaban las posibilidades de los nubios de comerciar en el valle del Nilo (véase el capítulo 5).

Desde al menos el comienzo de la XII Dinastía, la frontera con Palestina en el delta oriental también estuvo defendida por una serie de fortalezas, conocidas como los «muros del gobernante» (*inebu heka*). Parece que fue aproximadamente por estas mismas fechas cuando se construyó una fortaleza en Wadi Natrun para proteger el delta occidental de los «libios». Esta política se mantuvo durante todo el Reino Medio, construyéndose más fortalezas durante el Reino Nuevo, entre ellas las de Tell Abu Safa, Tell el Farama, Tell el Heir y Tell el Maskhuta (en la zona oriental) y El Alamein y Zawiyet Umm el Rakhm (en la zona occidental).



Rutas comerciales entre Egipto y Oriente Próximo Antiguo.

Pruebas materiales de los primeros contactos con Asia y Nubia

Las pruebas sobre las relaciones comerciales y diplomáticas entre el emergente Estado egipcio, las culturas adyacentes y los Estados vecinos sobreviven a menudo en forma de productos y materias primas exóticas, así como de los recipientes en los que se transportaron. Si bien Egipto era claramente autosuficiente en una amplia diversidad de rocas, plantas y animales, seguía habiendo muchos materiales valiosos que no se podían obtener en el valle del Nilo. La turquesa sólo se podía conseguir en el Sinaí; la plata probablemente en Anatolia o el norte del Mediterráneo, vía Levante; el cobre en Nubia, el Sinaí y el Desierto Oriental; y el oro en el Desierto Oriental y Nubia; mientras que maderas preciosas como el cedro, el junípero y el ébano, así como productos como el incienso y la mirra, se importaban desde el oeste de Asia y el África tropical.

Uno de los productos más apreciados y que más viajaba era el lapislázuli, una piedra azul oscuro vetada con pirita y calcita, conocida por los egipcios como *khesbed*. Se utilizaba para joyas, amuletos y figuritas desde al menos Nagada II (c. 3500-3200 a.C.), pero la principal fuente antigua parece haber estado localizada en Badakhshan, en el noreste de Afganistán (a unos 4.000 kilómetros de Egipto), donde hasta el momento se han identificado cuatro minas antiguas: Sar-i-Sang, Chilmak, Shaga-Darra-i-Robat-i-Paskaran y Stromby. Badakhshan se encuentra en el centro de una amplia red comercial, a través de la cual el lapislázuli se exportaba a lo largo de grandes distancias hasta las primeras civilizaciones del oeste de Asia y el norte de África, sin duda pasando de camino por las manos de muchos intermediarios.

Algunos de los datos arqueológicos más importantes respecto a los más antiguos contactos egipcios con el mundo exterior proceden de los recipientes de cerámica, en los cuales se transportaban muchos bienes (por lo general comida, bebida o cosméticos) desde y hacia el valle del Nilo. El grupo de unos cuatrocientos recipientes cerámicos de estilo palestino encontrados en una de las cámaras de la Tumba U-j, en el Cementerio U (Nagada III) de Abydos (véase el capítulo 4), demuestra que el dueño de esta tumba, miembro de la elite —quizá incluso uno de los primeros soberanos egipcios—, era capaz de ejercer una considerable influencia comercial para con-

seguir estos bienes funerarios (probablemente jarras de vino). Muy pocos de estos recipientes tienen paralelos en la cerámica procedente de yacimientos contemporáneos de Palestina, de modo que debe de tratarse de tipos fabricados exclusivamente para la exportación. Esta misma tumba albergaba recipientes egipcios de asas onduladas, cuya forma deriva de recipientes palestinos, así como un fragmento de un asa de marfil tallado que parece presentar filas de cautivos asiáticos y de mujeres llevando recipientes de cerámica.

La cerámica encontrada en los asentamientos urbanos de la propia Palestina sugiere que en esta región puede haber existido una floreciente red comercial egipcia desde una fecha tan temprana como la primera fase del Bronce Medio. Se ha sugerido que la expansión de la cultura Nagada hacia la región del delta a finales del Predinástico puede haber sido resultado del deseo de los soberanos del Alto Egipto de conseguir contactos comerciales directos con Palestina, para no tener que adquirir los bienes a través de los intermediarios de Maadi y otros asentamientos del Bajo Egipto. Al menos desde la I Dinastía, el recién unificado Estado egipcio se había expandido más allá del delta, hasta alcanzar el sur de Palestina, con una floreciente ruta comercial que pasaba junto a varios cientos de campamentos y estaciones de paso a lo largo del extremo septentrional de la península del Sinaí (véase el capítulo 4). Varias de las tumbas reales del Dinástico Temprano en Abydos contaban con fragmentos de recipientes palestinos, lo que demuestra que los soberanos de Egipto incluían bienes importados asiáticos en su ajuar funerario.

Aproximadamente en la misma época que los egipcios establecieron los primeros lazos comerciales con los habitantes de la Palestina del Bronce Medio, hacían lo propio con la gente de Nubia (sobre todo para conseguir acceso a los productos exóticos del África tropical, así como a los recursos minerales de la propia Nubia). Los restos arqueológicos de este pueblo, al cual George Reisner llamó «Grupo A», se han conservado en toda Nubia, desde en torno a 3500 a.C. hasta 2800 a.C. Los ajuares funerarios incluyen a menudo recipientes de piedra, amuletos y artefactos de cobre importados de Egipto, lo cual no sólo ayuda a fechar las tumbas, sino que también demuestra que el Grupo A mantenía contactos comerciales regulares con los egipcios del Predinástico y del Dinástico Temprano. Bruce Williams ha expresado la controvertida sugerencia de que fueron en realidad las primeras jefaturas del Grupo A las responsables de la

aparición del Estado egipcio, lo cual ha refutado la mayor parte de los especialistas (véase el capítulo 4).

La riqueza y cantidad de objetos importados parece incrementarse en las tumbas más tardías del Grupo A, lo que sugiere un crecimiento sostenido de los contactos entre ambas culturas. Resulta evidente que yacimientos como Khor Daoud (donde no hay restos de asentamiento, aunque sí cientos de silos con recipientes cerámicos de la cultura Nagada que contuvieron en su momento cerveza, vino, aceite y quizá queso) eran puestos comerciales en los cuales tenía lugar el intercambio de bienes entre los egipcios de finales del Predinástico, el Grupo A y los nómadas del Desierto Oriental. A juzgar por algunas de las ricas tumbas de los cementerios de Sayala y Qustul, que atesoran bienes de prestigio importados de Egipto, la elite del Grupo A obtenía grandes beneficios de su papel como intermediaria en la ruta comercial africana. No obstante, un grabado rupestre en la Baja Nubia, en Gebel Sheikh Suleiman (en la actualidad expuesto en el Museo de Jartún), parece recoger una campaña de la I Dinastía en un punto tan meridional como la segunda catarata, lo que sugiere que en esta época los contactos con el Grupo A se volvieron algo más militares.

Durante la I Dinastía parece haberse producido en la Baja Nubia un severo proceso de empobrecimiento, probablemente como resultado de la depredación producida por la explotación económica egipcia de la zona. Se ha sugerido que pudo existir una regresión forzada hacia el pastoreo (quizá debida en parte a los cambios medioambientales) o incluso que la población nubia local abandonó temporalmente la región, quizá trasladándose hacia el sur para regresar después como el llamado Grupo C (antaño considerado como bastante alejado del Grupo A, pero que ahora parecen tener varios rasgos culturales en común).

Las gentes del Grupo C son aproximadamente sincrónicas con el período de la historia egipcia que va desde mediados de la VI Dinastía hasta comienzos de la XVIII Dinastía (c. 2300-1500 a.C.). Entre sus principales características arqueológicas figuran la cerámica de borde negro realizada a mano, con decoración incisa rellena de pigmento blanco, así como objetos importados de Egipto. Su modo de vida parece haber estado dominado por la cría de ganado, mientras que su sistema social es probable que fuera esencialmente tribal (hasta que comenzaron a integrarse

en la sociedad egipcia). A principios de la XII Dinastía los egipcios se apoderaron de su territorio de la Baja Nubia, quizá en parte para impedirles que establecieran contacto con la más sofisticada cultura Kerma, que había aparecido en la Alta Nubia (véase el capítulo 8).

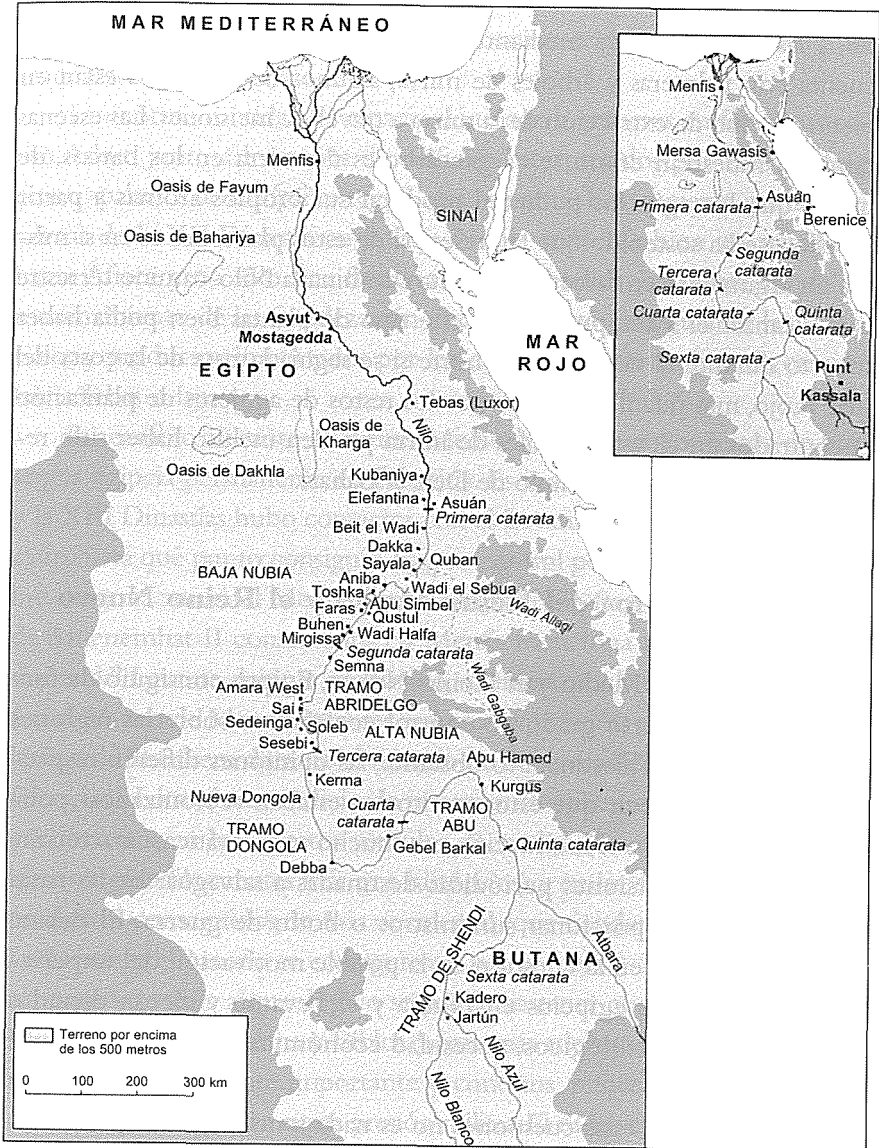
El reino de Punt

Los contactos egipcios con África se ampliaron de forma gradual hasta llegar más allá de la Baja y la Alta Nubia, alcanzando la región del este de África que describen como Punt. Allí se enviaron expediciones comerciales desde al menos la V Dinastía (2494 a.C.) para conseguir productos como oro, resinas aromáticas, maderas oscuras, ébano, marfil, esclavos y animales salvajes (por ejemplo monos y babuinos cinocéfalos). En el Reino Nuevo este tipo de expediciones se representaban en templos y tumbas, donde se muestra a los habitantes del Punt como gentes de tez rojiza oscura y rasgos delicados; en las pinturas más antiguas aparecen representados con el cabello largo, pero a partir de finales de la XVIII Dinastía adoptaron un peinado más corto. La última información segura de una expedición al Punt data de Ramsés III, soberano de la XX Dinastía.

Todavía existe cierto debate respecto a la localización concreta del Punt, que llegó a identificarse con la región de la moderna Somalia. Actualmente se han ofrecido sólidos argumentos para situarla o bien en el sur de Sudán o bien en la región de Eritrea (Etiopía), donde las plantas y animales de la zona se corresponden con los representados en los relieves y pinturas egipcios.

Se solía dar por supuesto (sobre todo basándose en las escenas de Deir el Bahari que representan la expedición de Hatshepsut al Punt), que este tipo de expediciones comerciales siempre viajaban por mar, desde los puertos de Quseir o Mersa Gawasis; pero actualmente parece posible que al menos algunos mercaderes egipcios viajaran al sur siguiendo el Nilo y luego tomando una ruta terrestre hacia el Punt, encontrándose quizá con los puntitas en las cercanías de Kurgus, en la quinta catarata.

Las escenas de Deir el Bahari muestran representaciones de los poco habituales asentamientos puntitas, con chozas cónicas de cañas sobre pilo-



Mapa del noreste de África durante la época faraónica, con los yacimientos nubios y, en el recuadro, la probable localización del Punt.

tes, a las que se accede mediante escaleras. La vegetación circundante cuenta con palmeras y árboles de mirra, algunos de los cuales están en pleno proceso de extracción de la mirra a través de incisiones. Las escenas también muestran cómo se cargan árboles de mirra en los barcos, de modo que los egipcios pudieran producir sus propios aromas a partir de ellos (se ha sostenido que la presencia de estos plantones es en sí misma un argumento en favor de una ruta combinada Nilo-camino terrestre para alcanzar el Punt, puesto que este tipo de plantas bien podía haber muerto durante el viaje hacia el norte si se seguía la ruta de la costa del mar Rojo, más difícil). A juzgar por los restos de agujeros de plantación encontrados en él, estos árboles de mirra pueden incluso haber sido replantados en el mismo templo de Deir el Bahari.

El «imperialismo» del Reino Medio y el Reino Nuevo

Durante el Reino Medio y el Reino Nuevo, Egipto consiguió de forma gradual un cierto grado de control económico sobre las regiones de Nubia y Siria-Palestina. No obstante, las opiniones difieren respecto a si se puede decir que estos territorios estaban «colonizados» política o socialmente o si la situación era mucho más errática, caracterizada quizá por incursiones periódicas destinadas a salvaguardar las rutas comerciales y proporcionar suministros o botín de guerra. El debate también se centra en la cuestión de la posible motivación del imperialismo: ¿los avances egipcios en Nubia y el Levante vinieron dictados por imperativos ideológicos, necesidad económica o algún otro factor sociopolítico?

La respuesta a estas cuestiones no es nada sencilla y, como cabía esperar, varía según el lugar y la época. Por ejemplo, durante el Reino Medio, en algunos aspectos la situación es más clara: en lo que respecta a Nubia, sabemos que los faraones de la XII Dinastía utilizaron la fuerza militar para controlar la región hasta al menos la tercera catarata, construyendo una cadena de fortalezas que les habría dado el control sobre el comercio del Nilo. Las fortalezas albergaban guarniciones y amplios almacenes que no sólo habrían asegurado una continuada presencia militar en la Baja Nubia, sino que también habrían proporcionado la capacidad para enviar

campañas más al sur cuando fuera necesario responder ante cualquier amenaza, real o supuesta.

La enorme cantidad de espacio destinado a graneros en fortalezas como Askut, junto a los restos de edificios interpretados por Barry Kemp como «palacios de campaña» regios en Uronarti y Kor, sugieren que las fortalezas de la XII Dinastía en la Baja Nubia eran más bien un trampolín hacia África y no sólo una frontera bien defendida. La capacidad de almacenamiento de las fortalezas sin duda se utilizó para guardar los materiales y productos importados por los egipcios mientras iban de camino hacia Tebas o Itjtawy.

En cambio, durante el Reino Medio hay muy pocos restos de presencia egipcia permanente en Palestina. Es indudable que durante la XII y la XIII Dinastías hubo contactos con el Levante y el Egeo; pero no está claro hasta qué punto consiguió Egipto control político o económico sobre ninguna zona del Mediterráneo oriental. Un fragmento de los anales de Amenemhat II conservados en Menfis menciona al menos dos invasiones del Levante durante su reinado, mientras que la estela de Khusobek (en el Museo de Manchester) recoge una expedición contra la ciudad palestina de Shechem durante el reinado de Senusret III. Aparte de estas referencias, el otro único indicio de intenciones militaristas en el Levante lo encontramos en los epítetos y títulos de la elite (los cuales pueden muy bien ser grandilocuentes más que históricos) y en las descripciones de los productos conseguidos de Asia occidental (que tienden a no especificar si los bienes o el ganado se consiguieron por la fuerza). No obstante, desde un punto de vista arqueológico se puede sostener que durante el Reino Medio hubo en Palestina y Biblos (véase más adelante) una presencia *económica* egipcia bastante importante y continua, reforzada probablemente de forma periódica con cierta presión militar. El cada vez mayor número de asiáticos que sabemos que vivían en Egipto durante el Reino Medio (véase el capítulo 7) sugiere que, al menos, algunos de ellos llegaron allí como prisioneros de guerra.

Las actividades egipcias en el Levante durante el Reino Nuevo están atestiguadas con cierto detalle, tanto en las fuentes arqueológicas como textuales. Entre estas últimas no sólo contamos con las «estelas de victoria» y los relieves de los templos, que ofrecen una elogiosa narración de los bienes conseguidos por el rey para los dioses, sino también con tablillas

cuneiformes de varios lugares (por ejemplo Taanach, Kamid el Loz y Hat-tusas) que documentan los lazos diplomáticos, administrativos y económicos existentes entre los diversos Estados de Oriente Próximo. Desde el punto de vista egipcio, el más importante de estos «archivos» es un grupo de 382 tabillas encontradas en Amarna (Egipto Medio), compuestas principalmente por cartas intercambiadas entre líderes extranjeros y el rey egipcio a mediados del siglo XIV a.C. (finales de la XVIII Dinastía). Las «Cartas de Amarna» nos proporcionan información, primero, sobre las relaciones existentes entre Egipto y las otras grandes potencias (por ejemplo, Mitanni y Babilonia), y, segundo, sobre la laberíntica política de pequeñas ciudades-estado de Siria-Palestina, que se peleaban y aliaban entre sí al tiempo que se pasaban de un lado a otro de las esferas de influencia de Mitanni, Egipto y el reino hitita.

El principal debate respecto a la participación egipcia en Siria-Palestina durante el Reino Nuevo se centra en la cuestión de hasta qué punto mantuvo Egipto una presencia militar y/o civil *permanente* en las diferentes ciudades que había conquistado. Algunos especialistas consideran que hay suficientes pruebas arqueológicas y textuales como para sugerir que Egipto colonizó al menos algunas ciudades de Palestina (quizá habiendo heredado al principio el control de la región como resultado de su persecución de los hyksos hasta su tierra natal, a finales del Segundo Período Intermedio [véanse los capítulos 8 y 9]). Según esta teoría —basada sobre todo en las Cartas de Amarna y en la presencia de objetos egipcios en muchos yacimientos levantinos— toda la zona de Siria-Palestina estaba dividida en tres zonas (de norte a sur: Amurru, Upe y Canaán), cada una de ellas dirigida por un gobernador egipcio con la ayuda de un reducido número de guarniciones, repartidas entre los asentamientos locales. Sin embargo, otros especialistas sostienen que la cultura material de los yacimientos egipcios del delta oriental es tan claramente diferente de la cultura de las más cercanas ciudades de Palestina, justo al otro lado del Sinaí, que parece muy improbable que llegara a haber demasiados egipcios viviendo entre la población local (en comparación con la amplias pruebas arquitectónicas y artefactuales de la colonización egipcia en Nubia durante el Reino Nuevo).

El motivo de la importante presencia egipcia en la Baja Nubia durante el Reino Nuevo puede muy bien haber sido sobre todo económi-

co; pero varios especialistas han puesto de relieve en la actualidad que las pruebas, tanto arqueológicas como textuales, forman una compleja red de información referida a las actitudes de los egipcios respecto a Nubia. Para empezar tenemos la continuación, durante el Reino Medio y el Nuevo, de la ya descrita ideología esencialmente xenófoba, según la cual los estereotípicamente bárbaros nubios aparecen representados en el arte y la literatura oficiales como despreciables representantes del caos. Algo que ha de compararse, no obstante, con dos factores importantes: primero, que muchos extranjeros (nubios y asiáticos incluidos) vivían felices entre los nativos egipcios en muchas de las ciudades del propio Egipto; y, segundo, que existen pruebas de una deliberada política egipcia de aculturación tanto en Nubia como en el Levante, de modo que se animaba a la elite local a adoptar las costumbres y nombres egipcios, al tiempo que a veces sus hijos se llevaban a la fuerza a Egipto para ser «educados», terminando por regresar a sus países completamente adoctrinados en el modo de vida egipcio.

Por lo tanto, la imagen general del imperialismo egipcio posee muchas facetas, quedando el pragmatismo económico y político de los faraones oculto por la hipérbole de la retórica y la piedad regias. El debate entre ideología o economía es difícil de resolver, porque nuestra reconstrucción del comportamiento egipcio en el mundo exterior se basa sobre todo en una combinación de textos religiosos y funerarios regios, cuando la historia real probablemente se encuentre en el más prosaico material de archivo que tan raras veces ha llegado hasta nosotros.

Biblos

La ciudad de Biblos (o Jubeil) está situada en la costa de Canaán (a unos cuarenta kilómetros al norte de la moderna Beirut). Su yacimiento principal, conocido en lengua acadia como Gubla, posee una larga historia que se extiende desde el Neolítico hasta el Bronce Final, cuando parece que su población se trasladó a un emplazamiento cercano, en la actualidad enterrado bajo un poblado moderno. La importancia de Biblos reside en su función como puerto y en que desde aproximadamente el momento de la unificación los egipcios la utilizaron como fuente de ma-

dera. El famoso cedro del Líbano y otros bienes pasaban por ella y en la ciudad se han encontrado objetos egipcios de fechas tan tempranas como la II Dinastía (2890-2686 a.C.). El yacimiento cuenta con varios edificios religiosos, como el llamado Templo del Obelisco, dedicado a Baalat Gebal, la «Señora de Biblos» (una forma local de Astarté, que también se identificó con la diosa egipcia Hathor), uno de cuyos obeliscos estaba inscrito con jeroglíficos.

La cultura egipcia del Reino Medio tuvo una influencia especialmente fuerte en la corte de los soberanos de la Biblos del Bronce Medio y entre los objetos encontrados en las tumbas reales de esta época hay varios con los nombres de Amenemhat III y IV, soberanos de finales de la XII Dinastía. Entre los objetos egipcios figuran materiales como marfil, ébano y oro, mientras que las imitaciones locales utilizaban otros materiales y están realizadas con un estilo menos logrado.

Durante el Reino Nuevo, la ciudad aparece destacada en las Cartas de Amarna, puesto que su soberano, Ribbadi, pidió ayuda militar al soberano egipcio. En esta ocasión Biblos cayó en manos enemigas, pero fue reconquistada después. Un sarcófago de influencia egipcia, encontrado junto a objetos de Ramsés II (1279-1213 a.C.), es importante por la inscripción posterior (siglo X a.C.) en beneficio de Ahiran, soberano local, realizada en caracteres alfabéticos primitivos. Entre los diferentes objetos egipcios encontrados en la propia Biblos que atestiguan los fuertes contactos diplomáticos existentes entre los faraones y los soberanos de la ciudad figuran un recipiente con el nombre de Ramsés II encontrado en la tumba del ya mencionado Ahiran, unas jambas de puerta de Ramsés II procedentes de un templo y los fragmentos de estatua de Osorkon I y Osorkon II (la de Osorkon I lleva una inscripción fenicia y data del reinado de Abibaal).

Por lo tanto, las pruebas arqueológicas sugieren que el cenit de los contactos Egipto-Biblos se produjo durante la XIX Dinastía, seguido por un declive durante la XX y la XXI Dinastías (documentado por *La historia de Wenamon*, una descripción casi histórica de una expedición de la XX Dinastía a Biblos), con un resurgimiento de los lazos durante la XXII y la XXIII Dinastías. Tras el Tercer Período Intermedio, la importancia de Biblos parece haber declinado gradualmente en favor de los puertos vecinos de Tiro y Sidón.

Los «pueblos del mar»

En los siglos XIII y XII a.C., una serie de grandes cosechas fallidas en el norte y el este del Mediterráneo parece que desencadenaron migraciones a gran escala por toda Anatolia y el Levante. Estos problemas agrícolas hicieron que el soberano de la XIX Dinastía Merenptah enviara grano a los hititas, afectados por la hambruna y por entonces en pleno declive; por otra parte, se cree que muchos centros urbanos micénicos se destruyeron en estas fechas. Entre los emigrantes mediterráneos de la época había una laxa confederación de grupos étnicos procedente del Egeo y Asia Menor que los egipcios conocieron como «pueblos del mar». Algunos de estos grupos, como los denen, lukka y sherden, ya habían aparecido durante el reinado de Akhenaton (1352-1336 a.C.) y miembros de los lukka, sherden y peleset aparecen representados como mercenarios luchando del lado de Ramsés II (1279-1213 a.C.) en la batalla de Qadesh.

Avanzado el Período Ramésida, los «pueblos del mar» aparecen descritos y representados en los relieves de Medinet Habu y Karnak, además de en el Gran Papiro Harris, una lista de donaciones a los templos del reinado de Ramsés III (1184-1153 a.C.). Estas fuentes indican que los «pueblos del mar» no se limitaban sólo a actos aleatorios de saqueo, sino que formaban parte de un significativo movimiento de pueblos desplazados que migraron a Siria-Palestina y Egipto. Está claro que su intención era asentarse en las zonas que atacaban, porque no aparecen representados como meros ejércitos de guerreros, sino también como familias enteras que llevaban consigo sus posesiones en carros tirados por bueyes. El estudio de los nombres «tribales» recogidos por los egipcios y los hititas ha demostrado que se puede relacionar a varios grupos de los «pueblos del mar» con puntos de origen concretos o, cuando menos, con los lugares donde terminaron asentándose. De este modo, los ekwesh y los denen posiblemente puedan relacionarse con los griegos aqueos y daneos de la *Iliada*, mientras que los lukka pueden proceder de la región licia de Anatolia, los sherden tener su origen en Cerdeña y los peleset identificarse casi con seguridad con los filisteos bíblicos (quienes dieron su nombre a Palestina).

El primer ataque de los «pueblos del mar» contra el delta egipcio, aliados a los libios, data del quinto año de reinado de Merenptah (1213-

1203 a.C.). Los grupos individuales que forman los «pueblos del mar» (además de los meshwesh libios) se mencionan como erwesh, lukka, shekelesh, sherden y teresh. Según los relieves de Merenptah en uno de los muros del templo de Amón en Karnak y en el texto de una estela procedente de su templo mortuorio (la llamada Estela de Israel), el soberano consiguió repelerlos con éxito, matando al menos a seis mil de ellos y poniendo en fuga al resto. Las excavaciones de Moshe Dothan en la ciudad filistea de Ashdod, en 1962-1969, descubrieron un estrato de incendio fechado en el siglo XIII a.C. que quizá corresponda a la campaña levantina del faraón Merenptah o a la propia llegada de los peleset.

Desde el punto de vista egipcio, la confrontación final con los «pueblos del mar» tuvo lugar en el año octavo del reinado de Ramsés III, en un momento en el que probablemente ya habían capturado las ciudades sirias de Ugarit y Alalakh. Atacaron Egipto por mar y tierra, siendo la batalla naval representada en los celebrados relieves de los muros externos del templo mortuorio de Ramsés III, en Medinet Habu. Esta victoria protegió a Egipto de una invasión abierta desde el norte, pero fue finalmente la más insidiosa infiltración de gentes libias procedentes del oeste la que tuvo éxito como medio de conseguir el control de Egipto (véase el capítulo 12).

Conclusión

Las relaciones de Egipto con el mundo exterior se basan principalmente en el poder y el prestigio. El motivo fundamental de los primeros contactos comerciales entre los egipcios y sus vecinos de África y Oriente Próximo parece que fue conseguir materias escasas o exóticas y productos que pudieran servir para reforzar la base de poder de los individuos o grupos afectados. El comercio, ya sea regional o internacional, fue una parte integral de la formación y expansión de los primeros Estados de Oriente Próximo.

Cuando ya estaba en marcha un aparato administrativo nacional completamente desarrollado, durante los Reinos Medio y Nuevo, había grandes sectores de la burocracia regia y del poder militar dedicados exclusivamente al proceso de obtener impuestos y azofra de las provincias de

Egipto. Este eficiente sistema económico nacional era la base ideal para el proceso de conseguir tributo (*imu*) y botín de las tierras situadas fuera de las fronteras egipcias. Tanto ideológica como económicamente, los actos de conquista y gobierno eran inseparables de la idea de inyectar nuevas riquezas a las heredades del rey y a los principales cultos religiosos.

No obstante, no era sólo cuestión de importar materias y bienes a Egipto. También parece haber existido un constante flujo de gentes y de influencias lingüísticas y culturales que condujeron a la creación de una sociedad característicamente cosmopolita y multicultural desde al menos el Reino Nuevo. Pese a todo, la aparente tolerancia respecto a los extranjeros en el seno de la sociedad egipcia se acompañaba de una tremenda continuidad en cuanto a los valores y creencias centrales de la población indígena (al menos eso parece, dada la parcialidad de las fuentes respecto a la elite de la sociedad). Aparentemente, la cultura egipcia era lo bastante fuerte y flexible como para sobrevivir a largos períodos de dominio libio, kushita, persa y ptolemaico sin que se viera afectada la identidad de los egipcios como nación.